



## TESOROS

DE

# CORNELIO Á LÁPIDE.

### ABUSO DE GRACIAS.

**Q**UÉ CIUDAD ingrata, exclamaba Jesucristo derramando lágrimas sobre Jerusalem que abusaba de tantas gracias! ¡ó ciudad desgraciada! ¡Ah! si á lo ménos supieses en este dia lo que puede proporcionarte la paz! Pero ahora todo está oculto á tu vista (Luc. XIX. 41-42.); no quieres ver los favores que te he prodigado, para no tener que agradecerme los.

El abuso de las gracias es un gran mal.

¡O hija de Sion, á quien tanto he amado, honrado, enriquecido é instruido! no sólo no quieres conocerme, sino que me rechazas, me condenas, me persigues y me crucifijas!... Por tí bajé del cielo á la tierra; por tí nací, vivi en continuos trabajos, en los dolores y en la pobreza; te visité, te enseñé, te insté; curé á tus leprosos, á tus enfermos y á tus enérgimenos; di vida á tus muertos; y tú huyes de mí, me desprecias y me persigues por odio! Mírense los cristianos infieles é ingratos en este cuadro: ¿No imitan á los judíos?...

Escuchad á S. Agustin cuando pone en boca de Jesucristo estas palabras: Hombre ingrato, dice, mis propias manos te hicieron con

TOM. 1. — 5.

un poco de arcilla; infundí en tu ser el aliento vital; tuve á bien crearte á mi imagen y semejanza; y tú despreciando mis mandamientos dictados para darte la vida, preferiste el demonio á tu Dios. Despues que fuiste arrojado del paraíso y quedaste encadenado con los lazos de la muerte á causa de tu pecado, me encarné, estuve expuesto en un establo, echado y envuelto en pañales; sufrí afrentas y privaciones sin número; recibí bofetadas, y los que se burlaban de mí escupieron en mi rostro; fui azotado, coronado de espinas, y expiré clavado en la cruz. ¿Por qué has perdido el fruto de mis sufrimientos? ¿Por qué, ingrato, has desconocido y rechazado los dones de la redención? ¿Por qué has manchado con la impureza ó la intemperancia, la mansion que yo me habia reservado en tí? ¿Por qué me has clavado en la cruz de tus crímenes, cruz infinitamente más dolorosa que la del Gólgota? La cruz de tus pecados es mucho más penosa para mí que la del Calvario; porque me hallo clavado en ella á pesar mio, en tanto que cargué con la primera por la compasion que me inspirabas, y mori en ella para darte la vida. (*Enchirid.*)

Esto es lo que hace el hombre que abusa de las gracias; estas son las desgracias á que este abuso le conduce.

Mi muy Amado, dice Isaías, ha plantado una vid en una fértil colina; la ha cercado de una valla; ha quitado cuidadosamente las piedras que la cubrían; ha plantado en ella las cepas más lozanas, y en medio ha edificado una torre, en donde ha puesto un lugar. Esperaba excelentes racimos, y la vid no ha producido mas que labruscas: *Et expectavit ut faceret uvas, et fecit labruscas.* Habitantes de Jerusalem, y vosotros, hombres de Judá, juzgadme á mí y á mi viña. ¿Qué más podia hacer por ella? ¿Por qué en vez de un fruto sabroso lo ha producido tan amargo? *¿Quid est, quod debui ultra facere vinee mee, et non feci ei?* (Isaia cap. 4).

¿No vemos en estas palabras la condenacion del que abusa de las gracias? ¿No somos todos la vid del Señor? ¿No ha cuidado esmeradamente de arrancar de nuestro corazón las malezas y las malas yerbas? ¿No hemos sido escogidos, como el viñador esoge los renuevos de su vid, para producir frutos? ¿No hemos sido atendidos y colmados de gracias? ¿Qué más pudo hacer por nosotros el Señor? Nos creó á imagen suya, y esta imagen la hemos profanado, desgarrado y arrastrado en el fango por el pecado; nos rescató á precio de su sangre; fundó los Sacramentos como una torre invencible destinada á protegernos, y hemos abusado de todos estos beneficios. ¡Qué responsabilidad y qué desgracia!...

Abusamos de la creación, de la redención, de los Sacramentos, de las santas inspiraciones, de la palabra y de la ley de Dios. Abusamos de nuestra vista, de nuestro oído, de nuestra lengua, de nuestros pies, de nuestras manos y de todo nuestro cuerpo. Abusamos de nuestra salud, de nuestras fuerzas, de nuestros años. Abusamos de todos los elementos del día y de la noche. Abusamos de

nuestra alma y de sus facultades, de la memoria, de la inteligencia y de la voluntad. Abusamos de nuestro corazón. Abusamos de las riquezas, de los honores y de los placeres. Abusamos del alimento y de la bebida. Abusamos de los vestidos. Abusamos de la vida, del tiempo y de la eternidad. Abusamos de los ángeles, de los hombres y de todas las criaturas. ¡Abusamos del mismo Dios!... ¡Qué crimen y qué desgracia!

Y ahora os diré lo que pienso hacer de mi viña ingrata, dice el Señor: quitaré la valla de que está rodeada, y la entregaré al pillaje; destruiré sus muros, y será pisoteada: *Et nunc ostendam vobis quid ego faciam vinee mee: auferam sepe[m] ejus, et erit in direptionem; diruam maceriam ejus, et erit in conculationem.* (Isaí. v. 5). Haré que esté desierta: ya no será podada ni cultivada por nadie; malezas y espinas la cubrirán, y mandaré á las nubes que no lloven gota sobre ella: *Et ponam eam desertam: non putabitur et non fodietur; et ascendent vepes et spina, et nubibus mandabo, ne pluant super eam imbrem.* (Id. v. 6).

Los que abusan de las gracias, dice S. Pablo á los Romanos, rennen un tesoro de cólera para el día de la ira y de la manifestacion del justo juicio de Dios: *Thesaurizas tibi iram in die ire et revelationis justi judicii Dei.* (II. 5).

Los que hemos recibido más gracias que muchos otros, dice S. Gregorio, seremos tambien juzgados con mayor severidad; porque á medida que aumentan las gracias, aumenta la responsabilidad en que incurrimos. Debemos pues ser humildes y estar dispuestos á servir á Dios por medio de las gracias recibidas tanto más, cuanto, segun su número y valor, estaremos obligados á dar más estrecha cuenta de ellas: *Nos qui plus ceteris in hoc mundo accepisse aliquid cernimur, ab Auctore mundi gratius inde judicemur; cum enim augentur dona, rationes etiam crescant donorum. Tanto ergo esse humilior, atque ad serviendum Deo promptior quisque debet esse ex munere, quanto se obligatorem esse conspiciat in reddenda ratione.* (Homil. IX in Evang.).

Dios bendice la tierra, dice S. Pablo á los Hebreos, que, recibiendo el apotécido riego, produce las plantas necesarias á los que la cultivan; pero cuando no produce más que malezas y espinas, es abandonada, maldecida; y por fin sus miserables productos vienen á ser pasto de las llamas: *Terra enim saepe venientem super se bibens imbrem, et generans herban opportunam illis, á quibus colitur, accipit benedictionem á Deo. Proferens autem spinas ne tribulos, reproba est, et maledicto proxima; cuius consummatio in combustionem.* (VI. 7-8).

El Señor, dice el Espíritu Santo en el Libro de la Sabiduría, aguzará su cólera como una lanza dispuesta á herir á aquellos que abusan de sus dones: *Acuet duram iram in lanceam.* (Cap. 5 v. 21). Y segun S. Gregorio, nosotros que de todo abusamos, en todo he-

Castigos del  
abuso de las  
gracias.

mos de ser heridos. Cuanto recibimos para uso de la vida, lo consagramos al pecado; pero también cuanto hayamos apartado de su verdadero fin para emplearlo en el mal, se convertirá en un instrumento de venganza: *Quia in cunctis deliquimus, in cunctis feriemur: Omnia namque quae ad usum vitae accepimus, ad usum convertimus culpa; sed cuncta, quae ad usum pravitatis inserimus, ad usum nobis vertentur ultionis.* (Lib. Moral.).

El universo entero combatirá al lado de Dios contra los insensatos que abusan de sus gracias, dicese en el Libro de la Sabiduría: *Paenabit cum illo orbis terrarum contra insensatos.* (Ibid. v. 21).

El sol, los astros, la tierra, las plantas, los árboles, los animales, los elementos pedirán venganza contra aquellos que hayan abusado de sus dones, dones que son otros tantos beneficios de Dios.

Prostituímos nuestra salud á los vicios, anade S. Gregorio; violentamos la abundancia que se nos concede, no para atender á las necesidades del cuerpo, sino para pervertirnos por la voluptuosidad. Es pues muy justo que todo lo que hemos puesto lastimosamente al servicio de nuestras pasiones, nos hiera de consuno, á fin de que aquello mismo que hicimos servir de instrumento para ineludidas alegrías en el mundo, sea luego la causa de nuestras penas más terribles: *Salutem corporum redigimus in usum vitiorum; ubertatis abundantiam, non ad necessitatem carnis, sed ad perversitatem intorsimus voluptatis. Jure ergo restat, ut simul nos omnia feriant, quae simul omnia vitii nostris male subacta serviebant; ut quot prius in mundo incolentes habuimus gaudia, tot de ipso postmodum cogamur sentire tormenta.* (Lib. Moral.).

## ACCIONES DE GRACIAS.

GRACIAS sean dadas á Dios que siempre nos hace triunfar en Jesucristo, dice el gran Apóstol: *Deo gratias, qui semper triumphat nos in Christo.* (II. Cor. II. 14). Alabado sea Dios, dice en otro lugar, por su inefable don: *Gratias Deo super inenarrabili dono ejus.* (II. Cor. IX. 15.) La acción de gracias ántes bien os conviene que truhanerías, etc., escribe á los Efesios: *Sed magis gratiarum actio.* (5. 4). No olvidéis la acción de gracias en todas vuestras cosas, dice á los Colosiosenses: *Instate in omni gratiarum actione.* (IV. 2). Dad gracias de todo: *In omnibus gratias agite.* (Thess. V. 18). Recomiendo ante todas cosas, escribe á Timoteo, que se hagan súplicas, oraciones, rogativas, acciones de gracias por todos los hombres: *Obsecro primum omnium fieri obsecrationes, orationes, postulationes, gratiarum actiones pro omnibus hominibus.* (I. II. 1).

Necesidad de la acción de gracias.

Os ensalzaré, Señor, dice el Rey Profeta, porque vos me habeis animado. (1). Somos vuestro pueblo y las ovejas de vuestros pastos; os alabaremos, Señor, por todos los siglos, y nuestra posteridad publicará vuestros beneficios. (2). Vuestras obras, ó Dios mio, recordarán siempre vuestros beneficios innumerables, y celebrarán vuestra justicia. (3). Demos gracias en todo tiempo y de todas las cosas á Dios Padre, en nombre de nuestro Señor Jesucristo, dice el gran Apóstol: *Gratias agentes semper pro omnibus, in nomine Domini nostri Jesu Christi, Deo et Patri.* (Ephes. V. 20). Todo cuanto hagais, sea de palabra ó de obra, hacedlo en nombre de nuestro Señor Jesucristo, dando gracias por medio de él á Dios Padre: *Omne quodcumque facitis in verbo, aut in opere, omnia in nomine Domini nostri Jesu Christi, gratias agentes Deo et Patri per ipsum.* (Coloss. III. 17.) Creced cada día más y más en Jesucristo con continuas acciones de gracias: *Abundantes in illo in gratiarum actione.* (Coloss. II. 7).

De generacion en generacion os alabaremos, Señor, para daros gracias, dice el Salmista. (4). Cada día os bendeciré, y celebraré vuestro nombre en los siglos y en la eternidad. (5).

Los innumerables beneficios de Dios nos comprometen á darle gracias, y nos imponen el sagrado deber del reconocimiento. Rios de gracias bajan del cielo; rios de acciones de gracias deben subir allí,

Métodos de acciones de gracias.

(1) Exultabo te, Domine, quoniam suscepisti me. *Psal.* xxix. 2.

(2) Nos, populus tuus et oves pascuae tuae, confitebitur tibi in saecula. *Psal.* lxxviii. 13.

(3) Memoriam suavitatis abundantiae tuae eructabunt. *Psal.* cxlv. 7.

(4) In generationem et generationem annuntiabimus laudem tuam. *Psal.* lxxviii. 13.

(5) Per singulos dies benedicam tibi, et laudabo nomen tuum in saeculum et in saeculum saeculi. *Psal.* cxlv. 2.

dice S. Bernardo: vuelva aquella agua celestial á su origen, á fin de que caiga de nuevo con más abundancia sobre la tierra. Dad gracias á Jesucristo, que es la virtud y la sabiduría de Dios, por toda la virtud y sabiduría de que creáis hallaros dotados. (1).

Señor, dice el Salmista, habeis roto mis cadenas; yo os ofreceré un sacrificio de acciones de gracias. (2) No ha dispensado el Señor ignales beneficios á todas las naciones, ni les ha dado á conocer como á nosotros sus altos juicios. (3).

Recordaré las obras de Dios, y anunciaré cuanto he visto, dice el Eclesiástico. (4).

La conservación del mundo no es más que una creación continua. Semajante conservación equivale á una creación de cada instante. Así que se pone el sol, desaparecen los rayos que despedía al redor suyo: de la misma manera caería el mundo en la nada de que fué sacado, si Dios cesase de obrar. Es lo que nos dice el real Profeta. Por la palabra del Señor se fundaron los cielos, y por el espíritu de su boca se formó todo su concierto y belleza. (5).

Ya sea que Dios os conceda consuelos y bendiciones sensibles, ya sea que se plazca en experimentaros, bendecidle siempre. Os acaricia para impedir vuestra caída; os hiere para ayudaros á levantar. La acción de gracias, cuando Dios hiere, es el más seguro remedio de la herida. No hay palabras más santas que las que expresan la gratitud en la adversidad, dice S. Crisóstomo; es un lenguaje nada inferior, por cierto, al de los mártires; ambos son coronados de la misma manera. (6).

Bendice al Señor, ó alma mía, y bendiga también su santo nombre cuanto hay en mí, dice el Salmista.

Bendice al Señor, ó alma mía, y no olvides jamás sus beneficios. (7). En vista de su gran número, exclama el Profeta, trasportado de gratitud, ¿qué he de dar al Señor por todo lo que me ha dado? (8).

David, dice el Eclesiástico, en todas sus acciones dió gracias al santo y excelso Dios con palabras en gloria suya. (9).

Aprendamos de David á atribuir á Dios la gloria de las obras buenas que hacemos; y digamos con él: No somos nosotros, Señor, no

(1) Ad locum unde exeunt, revertantur flamma gratiarum, ut iterum fluant; remittantur ad suum principium celestis profluvium, quo uberius terræ refundatur: in omnibus gratias agentes quicquid sapientie, quicquid te habere virtutis conditis, Dei virtuti, et Dei sapientie, deputa Christo. *Serm. xlii. in Cant.*

(2) Dirupisti vincula mea; tibi sacrificabo hostiam laudis. *Psal. cxv. 16-17.*

(3) Non fecit taliter omni nationi, et iusticia sua non manifestabit eis. *Psal. cxlvii. 29.*

(4) Memor ero operum Domini, et que vidi, annuntio. *Psal. lxxv. 15.*

(5) Et spiritus oris ejus omnia virtus eorum. *Psal. xxxiii. 6.*

(6) Nihil tunc lingua sanctorum, que in adversis gratias agit; certe non inferior est lingua martyrum; atque pariter coronatur. *Homil. ad pop.*

(7) Benedicite, anima mea, Domino, et omnia que intra me sunt, nomini sancto ejus.

Benedicite, anima mea, Domino, et non oblivisci omnes retributiones ejus. *Psal. cii. 1-2.*

(8) ¿Quid retribuam Domino pro omnibus que retribuit mihi? *Psal. cxv. 12.*

(9) In omni opere dedisti confessionem sancto, et excelso in verbo gloria. *xlvii. 9.*

somos nosotros quienes debemos ser glorificados, sino que debe serlo vuestro nombre, vuestra misericordia y vuestra verdad. (1). Repitamos con Isaías: Sois vos, Señor, que habeis obrado en nosotros todas vuestras acciones: *Omnia opera nostra operatus est nobis.* (XXVI. 12).

Todo cuanto posemos y todo lo que somos, viene de Dios; debemos pues darle gracias siempre y en todas las cosas...

Se acordará de los beneficios recibidos y se convertirá al Señor toda la extensión de la tierra, dice el Salmista: *Remiscentur et convertentur ad Dominum universi fines terræ.* (XXI. 28).

Empiezo por dar gracias á mi Dios por Jesucristo y para vosotros todos, dice S. Pablo á los romanos: *Primum quidem gratias ago Deo meo per Jesum Christum pro omnibus vobis.* (I. 8).

GRACIAS á Dios!... Nada puede abrigar nuestra alma, nada puede expresar nuestra lengua, nada mejor que estas palabras puede trazar nuestra pluma *Gracias á Dios*, dice S. Agustín. Nada puede decirse con mayor brevedad, ni oírse con mayor alegría; nada puede concebirse más grande; nada más ventajoso puede hacerse. (2).

Nada, dice S. Juan Crisóstomo, nada nos hace crecer tanto en virtud, ni nos pone diariamente en relación con Dios haciéndonos conversar con él, como rindiéndole el tributo de continuas acciones de gracias. (3).

Otra ventaja de la acción de gracias la indica el mismo doctor. En las adversidades, dice, los malos maldicen á Dios, y los cristianos le dan gracias. Ved cuán grande es esta filosofía: podeis agrandar á Dios y confundir al infierno. (4).

San Crisóstomo señala también otra ventaja de la acción de gracias: Dios, dice, exige de nosotros manifestaciones de gratitud, no porque las necesite, sino á fin de que obtengamos todo el mérito que ellas encierran, y nos hagamos dignos de mayores auxilios. (5).

A todas estas ventajas todavía añade otra S. Juan Crisóstomo, cuando dice que la acción de gracias en la adversidad es un lenguaje que tiene el mérito de la profesión de fe del mártir. David,

Todos debemos dar gracias á Dios.

Ventajas de la acción de gracias.

(1) Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam super misericordia tua et veritate tua. *Psal. cxiii. 9.*

(2) ¿Deo gratias quid melius, et animo geramus et oro promamus, et clamato exprimamus quam Deo gratias? Hoc, nec dici brevius, nec ausus fortius, nec intelligi grandius, nec agi fructuosius potest. *Epist. v. ad Marcellinum.*

(3) Nihil atque facit in virtute crescere, atque eum Deo assidue versari et colloqui, et perpetuo gratias agere. *In Psal. xliix.*

(4) In adversis infideles maledicunt, Christiani gratias agunt. Vile quanta sit hec philosophia, cum Deum bestias, habitulum pulcherrimum. *In Psal. vii.*

(5) Deo exigit à nobis gratitudinem, non quod nostra celebratio opus habeat, sed ut quicquid est lauri, iterum ad nos redat, ut dignos nos faciamus majoribus subsidiis. *Homil. vii. in Epist. ad Coloss.*

dice el Eclesiástico, dió gracias á Dios, le alabó y amó de todo corazón; y el Señor, para recompensarle, le hizo triunfar de sus enemigos. (1).

¿Qué puedo ofrecer á Dios que sea digno de él? ¿Buscais, pregunta S. Agustín, qué don podéis presentar á Dios, á fin de que os sea propicio? Ofreceros vosotros mismos; porque ¿qué exige el Señor sino vuestra alma? Entre todas las criaturas de la tierra la más perfecta es el hombre; y Dios os quiere á vosotros, á vosotros mismos que os habiais perdido. (2).

¿Qué daré al Señor por todos los bienes de que me ha colmado? dice el rey Profeta. Recibiré el cáliz de salvacion, me resignaré á apurarlo por más amargo que sea, é invocaré el nombre del Señor. (3).

Es preciso dar nuestro corazón sin reserva.....

La gratitud es raro.

La muchedumbre, dice el bienaventurado Tomás Morus, escribe los beneficios en la arena y esculpe las ofensas en el mármol: *Vulgus hominum beneficia pulveri, maleficia marmori insculpunt.* (Ita. Ribaden., in ejus vita). Los hijos de Ephraim olvidáronse de los beneficios de Dios, dice el Salmista: *Oblii sunt benefactorum ejus.* (LXXVII. 14).

El hijo honra á su padre, dice el Señor por el profeta Malacías; si soy el Padre de todos los hombres, ¿en dónde está el honor que se me tributa? Si soy dueño y Señor, ¿en dónde está mi temor? *Filius honorat patrem: si ergo Pater ego sum, ¿ubi est honor meus? Si Dominus ego sum, ¿ubi est timor meus?* (I. 6.) Dios es nuestro Padre, 1.º porque es nuestro creador; 2.º porque nos conserva y nos gobierna; 3.º porque es el autor de nuestra fe y de las gracias por las cuales nos justifica y nos adopta como hijos suyos y herederos de su reino. Es Señor nuestro por los mismos títulos y tambien por los siguientes: por habernos rescatado con su sangre; por ser el Rey supremo á quien toda criatura está obligada á servir; por habernos tomado por servidores y obreros de su viña proponiéndonos en recompensa la gloria eterna.

Jesucristo curó á diez leprosos; uno sólo fué á darle gracias. Esta ingratitud de los nueve leprosos, la sintió vivamente el Dios de bondad, y se quejó amargamente. ¿No he curado á diez? dijo: ¿en dónde están los otros nueve? *¿Nonne decem nundati sunt? et novem ¿ubi sunt?* (Luc. XVII. 17.)

El pueblo, dice el Salmista, se olvidó de los beneficios de Dios y de sus maravillas: *Oblii sunt benefactorum ejus, et mirabilium ejus quae ostendit eis.* (LXXVII. 11). Se olvidó del Dios que les ha-

(1) De omni corde suo laudabit Dominum, et dilexit eum: et dedit illi contra inimicos potentiam. XLVII. 10.

(2) Quid dignum offeram Domino? ¿Quaerebas quid offeres pro te? Offer te: ¿quid enim Dominus querit á te, nisi te? Quia in omni creatura terrena nihil melius fecit te. Querit á te, qui tibi perdidit te. *Sententia.*

(3) Calicem salutaris accipiam, et nomen Domini invocabo. *Psal.* cv. 13.

bia dado la libertad, que habia llenado el Egipto con sus milagros, la tierra de Cam con sus prodigios, y en el mar Rojo habia hecho resplandecer sus terribles maravillas. (Psal. CV. 21).

He alimentado á mis hijos, dice el Señor por Isaías, los he educado, y ellos me han despreciado: *Filios exutivi, et exaltavi, ipsi autem spreverunt me.* (I. 2). El buey conoce á su dueño, el jumento su establo: Israel no me ha conocido. (I. 3).

El pueblo engordó, dice el Denteronomio, y se rebeló; grueso, pesado y harto, abandonó á su Criador, y se alejó de Dios, su salvacion: *Impignatus, incrassatus, dilatatus recessit á Deo, salutari suo.* (XXXII. 15).

El hombre de mi paz, dice el Señor por el Salmista, en quien yo tenia puesta mi confianza, y que comia en mi mesa, ha descubierto las intenciones traidoras que abrigaba contra mí. (1). Si mi enemigo hubiese sido ingrato, lo habria tolerado; pero tú, querido de mi corazón, que asistias á mis consejos, y vivias familiarmente conmigo, me has olvidado. (Psal. LIV. 12-13).

Llevaré este pueblo á la tierra por la cual hice un juramento á sus padres, dice el Señor á Moisés, la tierra por la cual corren arroyos de leche y miel. Pero cuando hayan comido, cuando estén saciados y hayan engordado, se dirigirán á dioses extraños y les ofrecerán sus servicios; me ultrajarán y harán ilusoria mi alianza. (2).

¿Es así como agradeceis los beneficios del Señor, pueblo estúpido y demente? ¿No es él tu padre, tu dueño y tu creador? (Deuter. XXXII. 6).

Tú abandonaste al Dios que te engendró; tú te has olvidado del Señor que te creó: *Deum qui te genuit, dereliquisti, et oblii es Domini creatoris tui.* (Deuter. XXXII. 18).

Cielos, enmudeced de asombro; puertas del cielo, llorad profundamente, exclama el Señor por la voz de Jeremías; mi pueblo ha cometido dos faltas: me ha abandonado á mí, el manantial de agua viva, y ha excavado aljibes llenos de grietas é incapaces de contener agua. (3).

El ingrato, dice el Eclesiástico, abandonará á su libertador: *Ingratus derelinquet liberantem se.* (XXIX. 22).

El coopero de Faraon cargado de hierros en el fondo de un calabozo, tuvo un sueño misterioso; José se lo explicó anunciándole que á los tres dias obtendria la libertad. Tan sólo os ruego que

(1) Etenim homo pacis meus, in quo speravi, qui edebat panes meos, magnificavit super me supplantationem. *Psal.* xl. 10.

(2) Cumque comederint, et saturati, crassique fuerint, avertentur, et irritum facient pactum meum. *Deuter.* xxxii. 20.

(3) Obstupescite, caeli, super hoc, et porte ejus desolamini vehementer: Duo mala fecit populus meus: Me dereliquerunt, fontem aque vivae, et foderunt sibi cisternas dissipatas, cisternas quae non valent continere aquas. II. 12-13.

La ingratitud es un crimen.

cuando seas feliz, os acordeis de mí, añadió José, y me alcanzés misericordia, haciendo que Faraon me saque de esta cárcel. (Gen. XL. 14). Así lo prometió el copero; pero se olvidó del intérprete: *Oblivus est interpretis sui.* (Gen. XL. 23). ¡Cuántos ingratos se olvidan de Dios, é imitan el crimen de aquel copero!....

Malos y desgracias que causa la ingratitude.

La ingratitude, dice S. Bernardo, es enemiga del alma, disipa los méritos, ahuyenta las virtudes, impide que nos aprovechemos de los beneficios; la ingratitude es un viento abrasador que seca el manantial de la piedad, el rocío de la misericordia, los canales de la gracia; es enemiga de la gracia y de la salvacion. Nada es más desagradable á Dios. Cierra las vías que pueden comunicarnos sus dones; allí en donde se halle, la gracia no puede ya acercarse ni hacerse lugar. (1).

Castigos que atrase la ingratitude.

El pueblo ante los prodigios obrados en favor suyo por el Altísimo olvidó en el desierto á su Bienhechor. Por este motivo, el fuego de la cólera divina se encendió contra la raza de Jacob, y su furor estalló contra Israel, dice el real Profeta. (2). Levantó su mano sobre ellos, á fin de exterminarlos en el desierto, abatirlos y dispersarlos. (3).

La esperanza del ingrato se derretirá como el hielo de invierno; correrá como agua inútil, dice la Sabiduría: *Ingrati enim spes, tanquam hibernalis glacies, et tabeset.* (XVI. 29).

(1) Ingratitudo inimica est animo, exanimat inestorum virtutum dispersio, beneficium perditio, ingratitude venia minus aliena sibi fontem pietatis, rorem misericordie, fluens gratie. Ingratitudo hostis gratie, inimica salutis. Nihil ita displicet Deo. Vias obstruit gratie et ubi fuerit illa, jam gratia accessum non invenit locum non habet. *Serm. xli. in Cont.*

(2) Obliti sunt benefactorum ejus. *Psal. lxxxvii. 11.* Ideo ignis accensus est in Jacob, et ira ascendit in Israel. *Id. lxxxvii. 21.*

(3) Et elevavit manum suam super eos, ut prosterneret eos in deserto; et ut dejiceret, et dispergeret eos. *Psal. cv. 26. 27.*

## ADULACION Y ALABANZA.

Las alabanzas nuestras, dice S. Bernardo, sólo son mentiras; alegrarse de las alabanzas, es lo más vano. Los amigos de contar fábulas, son alabados, y los que alaban, son mentirosos. Engañamos á los que adulamos: los aduladores mienten: *Laudamus mendaciter, delectamur inaniter; vaniloqui laudantur, et mendaces qui laudant. Alii adulantur, et facti sunt; alii laudant, et falsi sunt.* (Epist. XVIII ad Petr.).

La adulacion es un error y una mentira.

Los aduladores son unos engañosos. Me adulaban con los labios, dice el Salmista, y me maldecian con el corazon: *Ore suo benedicebant, et corde suo maledicebant.* (LXI. 5).

Los hijos de los hombres no son más que vanidad, los hijos de Adan no son más que mentira, añade el Salmista; colocadlos en una balanza, y vereis que todos son más ligeros que la nada: *Vani filii hominum, mendaces, filii hominum in stateris, ut decipiant ipsi de vanitate in idipsum.* (LXI. 10).

Desde el momento en que nos alaban, dice Séneca, nos complacemos en felicitarnos á nosotros mismos; creemos á los que nos llaman hombres de bien, prudentes, perfectos, y nos alegramos de ello; todo lo que la adulacion arroja sin pudor sobre nosotros, lo miramos como justo, y queremos persuadirnos de que nuestros aduladores dicen la verdad, aunque sepamos que mienten casi siempre. (Epist. LIX).

La lisonja y las alabanzas no son más que aire; el que se nutra de ellas, sólo de aire se alimenta....

De la misma manera, dice S. Crisóstomo, que los niños que juegan, cuando hacen coronas de yerba y las ponen alternativamente sobre su cabeza, se burlan de los que las llevan, asimismo los que delante de vosotros se deshacen en alabanzas y os enalteen, os coronan de yerba, y sois su irrisión cuando os hallais ausentes. Así es que cuando escuchamos la lisonja, nos coronamos mutuamente de flores sin consistencia. Y ¡ojalá no fuese ésta más que una corona de flores de un día! Pero esta corona ilusoria nos es funesta, porque nos hace perder todo el mérito del bien que hemos hecho. Yo desprecio la mezquina lisonja, huyo de ella. Aunque me alaben millares de personas y me adulen, escucharé sus palabras como escucho el gorjeo de un pájaro importuno.

El que nos adula, se burla de nosotros.

Si mirais á los aduladores con los ojos de la fe, os parecerán más viles que los gusanos que se arrastran; tendreis en ménos sus alabanzas que el humo y que un ligero sueño. (*Homil. XVII in Epist. ad Rom.*).

El alma del sabio padece, dice S. Cirilo, cuando oye que la alabanza. Porque la verdadera virtud, á manera de virgen púdica, no puede sufrir sin sonrojarse, que la expongan á las ajenas miradas, y se oculta, como se oculta la brillante estrella en presencia del sol: *Sapiens, dum laudatur in facie, flagellatur in mente. Virtus enim vera, ut virgo pudicissima, sine rubore se videri non patitur, et quasi stella rutilans ab apparente sole absconditur.* (Lib. II Apol. Moral., c. XXVIII).

Peligros y desgracias de la lisonja y de las alabanzas.

Pitágoras nos enseña que debemos alegrarnos cuando se nos vitupera, y jamás cuando nos alaban. Mira á los aduladores como á enemigos los más peligrosos y detestables. (Anton. in Meliss., p. I. c. LII).

Cratés decía que los que viven entre aduladores abandonan sus deberes, y se hallan como novillos en medio de lobos. (Anton. in Meliss.)

Bion, á quien preguntaron cuál era el animal más dañoso contestó: Entre las bestias salvajes, el tirano; entre los animales domésticos, el adulador: *Si de feris percuncteris, tyrannus; si de mitibus, adulator.* (Anton. in Meliss.)

Diógenes llama á la lisonja un lazo de miel que ahoga al hombre, abrazándolo: *Melleum laqueum quo blande amplectans hominem jugulat.* (Anton. in Meliss.)

El emperador Constantino era tan enemigo de los aduladores, que los llamaba polilla y rateros de su palacio. (*Hist. Eccles.*)

El emperador Segismundo dió un bofeton á un adulador: ¿Por qué me heris, Señor? le preguntó éste. — ¿Por qué me muerdes, lisonjero? contestó el príncipe. *¿Cur me cadis, imperator?—Cur me mordes, adulator?* (In ejus vita).

Las palabras que salen de su boca son más dulces que la miel, dice el Salmista, y la guerra está en su corazon; sus discursos son melosos, pero hieren más que una espada: *Divisi sunt ab ira vultus ejus, et appropinquavit cor illius: mollii sunt sermones ejus super oleum, et ipsi sunt jacula.* (LIV. 22).

¿Qué es la lisonja, dice S. Cirilo, sino una melodía de sirena, un canto pestifero, una guzla engañosa, la voz mentida de la hiena? Al propio tiempo que su sonido encantador llega á nuestro oído, apaga la luz de la razon, corrompe la hermosura de la virtud con su soplo de monstruo, y devora con sus dientes voraces toda la vejetación que puede haber en el alma. Tiene un sonido dulce, penetra con suavidad, hiere mortalmente cuanto toca, y todo lo devasta sin remedio. La lisonja destruye todos los bienes interiores; y desde el momento que place, ya daña. (1).

(1) Quis enim est adulatio, quam melodia syrenica, cantatio letifera, fallacia bestialis, et vox hienae vocis aemula? Siquidem, dum suavis sonitu auris tympanum percussit, incertam rationis extinguit, fatis draconico serenum virtutis corrumpit, ac brutino dentu nihil in saniora virtutis relinquit. Dulciter sonat, suaviter intrat, letaliter occupat, irremediabiliter totum vastat. Adulatio bona interiora perdit; semper, cum placeat, nocet. *Apol. Moral.*

Durmiendo Tobias, dice la Escritura, se desprendió estiércol caliente de un nido de golondrinas, cayó sobre sus ojos, y le hizo ciego. (Tob. II. 11). ¿Qué representan estas ligeras golondrinas, sino la volubilidad de los aduladores, que solo pueden dar alabanzas, y que adulando con palabras suaves, derramando el emponzoñado aceite de la lisonja sobre la cabeza y los ojos del que con placer los escucha, le oscurecen la vista interior, le ciegan y le hacen perder la cabeza?....

El adulador que ha perdido ya su alma, dice S. Bernardo, busca el medio de perder la vuestra; porque sus palabras no son más que iniquidad y fraude. Acaricia, pero al través de su lenguaje, se descubre el trabajo y el dolor. Lloro, y al propio tiempo dispone asechanzas. Despreciad, pues, las lisonjas, y despreciad las promesas. La alabanza lisonjea, pero es peligrosa, cuando el pecador es alabado segun los deseos de su alma. Son licores dulcísimos, pero llenos de un mortal veneno. Las palabras del adulador son más suaves que el aceite, pero son dardos envenenados. (1).

Así como los cuervos arrancan los ojos de los cadáveres, de la misma manera los aduladores arrancan los ojos de la razon y del alma....

La lengua de los aduladores, dice S. Agustín, es más peligrosa que la cuchilla del verdugo: *Plus persequitur lingua adulatoris, quam gladius persecutoris.* (In Psal. LXIX).

Plinio compara el lisonjero á una hiena. La hiena, dice, imita la voz humana, y llama, y desgarrá al imprudente que se acerca; y así tambien los aduladores prodigan alabanzas hasta que arrastran á la perdición al que los cree. La lisonja es para los insensatos que la dan oídos, lo que el aceite es para las moscas, hormigas y para casi todos los insectos. El aceite mata á los insectos, y los que se placen en las alabanzas, en ellas perecen. El veneno de la alabanza es mortal para los espíritus débiles sobre todo, y afeminados. (Anton. in Meliss.)

Tenemos dos clases de enemigos, dice S. Agustín: los que nos vituperan y desgarran nuestra honra, y los que nos adulan. Pero el adulador es más temible que el verdugo y el calumniador: *Duo sunt genera persecutorum, scilicet, vituperantium, et adulantium, sed plus persequitur lingua adulatoris, quam manus interfectoris.* (In Psal. LXIX).

El adulador cubre ordinariamente de oprobio á aquel á quien alaba; con una mano arroja flores, y con la otra barro; porque supone en efecto que aquel á quien adula es vano, amigo de la vanagloria, deseoso de las humanas alabanzas, y el mismo indica por consiguiente que es un espíritu vil, un alma baja, y que le desprecia....

(1) Querit animam tuam qui jam perdit suam; verba eris ejus iniquitas et dolus. blanditur, sed sub lingua ejus labor et dolor. Laceratur, sed insolatur. Spiritus blandimenta, continent promissiones. Blandis, sed periculosa laus, cum laudatur peccator in desideris animae suae. Habent et lac et oleum suave quidem, sed venenosum, sed mortiferum. Mollii sunt sermones ejus super oleum, et ipsi sunt jacula. *Epist. II ad Falton.*

No nos detengamos con complacencia en las alabanzas que hacen faltar á la verdad á los que las dan, dice S. Basilio: *Ne nobis stulte placeamus, propter quæ veritatem excedunt.* (Anton. in Meliss., p. 1. c. LI).

Las lisonjas y los honores conducen al supremo orgullo, dice S. Gregorio Nazianceno. (Anton. in Meliss., p. 1. c. LI).

El perro es el enemigo de la liebre, y el adulador es enemigo del hombre, dice Plutarco. Aborrece á los lisonjeros y tenedlos por seductores: *Odio habeas adulantes sicut deripientes.* (Anton. in Meliss.). Huid de los aduladores, añade, miradlos con horror, pues son vuestros más crueles enemigos: *Tamquam deteriores inimici adulatores acersare.* (ut supra).

Los que me alaban, me azotan, dice S. Ignacio: *Laudantes me, flagellant.* (Apud Maxim., serm. XLIII).

¡Desgraciados de vosotros, dice Jesucristo, cuando los hombres os alaben! Así se portaron sus padres respecto de los falsos profetas: *Via cum benedixerint vobis homines; secundum hæc enim faciebant pseudoprophetae patres eorum.* (Luc. VI. 26).

Vuestras alabanzas nos abruman y nos exponen á grandes peligros: las toleramos, pero nos hacen temblar: *Laudes istæ vestra gravant nos potius, et in periculum mittunt; toleramus illas, et tremimus inter illas.* (Serm. V. in Math.).

La licencia aumenta con la alabanza; el espíritu se enorgullece con la lisonja: *Laudæ crescit licentia; spiritus assurgit, si laudatur.* (De Ira, lib. II.).

Señor, dice S. Agustín, el que busca la alabanza de los hombres á pesar de vuestras amonestaciones, no será defendido por ellos en vuestro juicio, ni arrancado de vuestras manos cuando le condenéis: *Qui laudari vult ab hominibus, vituperante te (Domine), non defendetur ab hominibus, judicante te: nec eripietur, damnante te.* (Lib. X. Confess., c. XXXVI.).

El hombre que dirige á su amigo frases lisonjeras, dicen los Proverbios, le tiende un lazo peligroso: *Homo qui blandis fletibus sermonibus loquitur amico suo, rete expandit gressibus ejus.* (XXIX. 5.) No es un amigo, es un enemigo; porque le encamina al orgullo, le inclina á mirar los vicios con indiferencia ó como virtudes; le compromete con sus excusas y alabanzas á entregarse á ellos sin temor.

El adulador, dice Plutarco, arrastra y prende en sus redes al hombre á quien seduce, y luego le llena de males: *Adulator trahit, et in laqueum injicit; ipsum in plagas conjicit.* (Tract. de differentia adulatoris et amici.).

Mirad la adulacion como el más vergonzoso de los vicios, dice Diógenes; porque corrompe todo lo más honesto y más santo que hay en la vida. Los aduladores cometen un crimen mayor que los que falsifican moneda: *Omnium vitiorum turpissimum invenias adulationem, id enim quod honestissimum justissimumque in vita est, corrumpit. Multo pejus faciunt quam qui corrumpunt monetam.* (Orat. III. de Regno).

Hablamos, dice el gran Apóstol, no para agradar á los hombres, sino á Dios, que conoce nuestros corazones. Porque jamás empleamos palabras lisonjeras, como ya lo sabeis y Dios es testigo de ello, ni buscamos, en vosotros ni en otros, la gloria que proviene de los hombres: *Ita loquimur, non quasi hominibus placentes, sed Deo, qui probat corda nostra. Neque enim aliquando fuimus in sermone adulatores, sicut scitis; Deus testis est: neque querentes ab hominibus gloriam, neque ab aliis.* (1. Thess. II. 4-6).

¿He de desear la aprobacion de Dios, ó de los hombres? dice en otra parte este gran Apóstol. ¿He de procurar agradar á los hombres? Si les agradara á ellos, no seria servidor de Cristo: *¿Modo enim hominibus suadeo, an Deo? ¿An quæro hominibus placere? Si adhuc hominibus placerem, Christi servus non essem.* (Gal. I. 10).

Hemos de huir de los aduladores, segun el siguiente consejo del Sabio: Hijo mio, cuando los aduladores os prodiguen sus alabanzas, no los escuchéis: *Fili mi, si te lætaverint peccatores, ne acquiescas eis.* (Prov. I. 10).

Asi como el crisol prueba el oro y la plata, así las alabanzas prueban al hombre, dicen los Proverbios: *Quomodo probatur in conatorio argentum, et in fornace aurum, sic probatur homo ore laudantis.* (XXVII. 21). De la misma manera que el fuego prueba la bondad y la pureza ó el vicio del oro y de la plata, así tambien la alabanza da á conocer la virtud ó el vicio del hombre, su sinceridad ó su vanidad. Si es bueno y virtuoso, huye y desprecia la lisonja. Los humildes rechazan las alabanzas; los hombres vanos y los soberbios se solazan con ellas y se vuelven insolentes. Así pues la verdadera virtud y el verdadero mérito estriban en despreciar la alabanza, como la verdadera gloria consiste en despreciar la gloria.....

Si el corazon es verdaderamente humilde, dice S. Gregorio, ó no se considera con las buenas cualidades que en él ensalzan, y cree que cuanto le dicen es falso, ó si sabe que las tiene, teme mucho no ser digno de la eterna recompensa de Dios. Porque tiembla al considerar cuerdamente que lo que se le atribuye puede no ser verdad, y que esto mismo puede atraerle una severa condenacion el dia del juicio; ó que si posee lo que le atribuyen, puede perder todo su mérito. (1).

San Crisóstomo enseña que el desprecio de las alabanzas y de la gloria humana nos hace semejantes á Dios. Porque, así como Dios no necesita las alabanzas ni la gloria de los hombres, alabanzas y gloria que no existian durante la eternidad, antes que Dios hubiese creado

Es preciso huir y despreciar la adulacion y las alabanzas.

(1) Si cor veraciter humile est, bona, que de se audit, aut minime recognoscit, et quia falsa dicuntur, metuit; aut certe, si adesse sibi ea veraciter scit, eo ipso formidat, ne ab eterna Dei retributione sint perditæ. Cautæ enim consideratione trepidat, ne aut de his, de quibus laudatur, et non sunt, magis Dei judicium subeat, aut de his in quibus laudatur, et sunt, completas præmium perdat. Lib. XXI. Moral., c. v.



el mundo, de la misma manera aparece el que desprecia las alabanzas y la gloria humana. De este hecho deduce aquel gran Doctor la conclusion siguiente: Cada vez que nos parezca difícil despreciar las alabanzas y la gloria, digamos interiormente: Si desprecio estas cosas, seré semejante á Dios; y de repente seremos dueños de nosotros mismos: *Quoties difficile existimas continere gloriam, ista tecum animo versa: Si hanc desprexero, Deo aqualis (similis) efficiar; profinusque subitit contemptus gloriae ex animo.* (Homil. in epist. ad Titum.)

Para hallarme dispuesto á las cosas de Dios, dice S. Ignacio de Loyola, debo alejarme valerosamente de los que me adulan sin respetar la verdad: *Ut sanus sim in his que ad Deum pertinent, vehementius mihi verendum est, et cavendum ab his qui me temere inflant.* (In ejus vita).

San Macario dice: Es muy cierto que el que mira el desprecio como un motivo de mérito, y la pobreza como verdadera riqueza, no morirá, sino que vivirá eternamente. (Vit. Patr., lib. VII. c. XXXVIII.)

Jamás hemos de alabarnos á nosotros mismos.

Los que se alaban, son vanos, dice S. Bernardo. (*Epist. ad Fulcon.*). Sea otro el que te alabe, y no tu boca; un extraño, y no tus labios, dicen los Proverbios: *Laudet te alienus, et non os tuum; extraneus, et non labia tua.* (XXVII. 2).

Alabarse uno mismo, es ser vano, soberbio é insensato.... Es la mayor de las locuras, dice S. Crisóstomo, alabarnos sin necesidad absoluta: *Extrema dementia, nulla imminente necessitate, et necessitate violenta, propriis laudibus cello decorari.* (Homil. V. de Laudib. Pauli). Por esto S. Pablo, despues de haber hablado de sí mismo, añade: He manifestado poca cordura glorificándome, pero vosotros me habeis obligado á ello: *Factus sum insipiens, vos me coegistis.* (II. Cor. XII. 11).

No hay conversacion más ridícula que la del que expone sus propios méritos, dice Themistio: *Nulla narratio tam odiosa est, quam sui ipsius encomium.* (Apud Slobœum).

Alabarse uno mismo, es cosa torpe, vergonzosa y ridícula.... No alabamos nuestras acciones sino por orgullo y para que nos alaben, y entónces sólo merecemos el más solemne desprecio. El que se alaba y se vanagloria, se condena y se deshonorá; porque su alabanza engendra el vicio en él. La alabanza que uno se dirige á sí mismo, es una vergüenza; semejante testigo no es digno de fe, debe mirarse como testigo mentiroso y falso. Y á la verdad, ¿por qué hemos de alabarnos? Si somos conocidos, es inútil; si no lo somos, no olvidemos que á la verdadera virtud le place ocultarse....

Sólo debemos glorificarnos en Dios.

Que el que se glorifica, se glorifique en el nombre del Señor, dice S. Pablo: *Qui gloriatur, in Domino gloriatur.* (I. Cor. I. 31).

Podemos ser alabados en las cosas buenas, dice S. Gregorio;

porque la alabanza excita la emulacion; la emulacion la virtud, y la virtud nos procura la dicha. (Apud. Anton. in Meliss., p. 1, c. LI).

La alabanza provocada con buenas acciones, dice S. Crisóstomo, inspira el deseo de hacer otras mejores. (Apud. Anton. in Meliss., c. LI); pero es preciso atribuirlo todo á Dios....

Cuando los santos son alabados, se vuelven aún más santos, sea aumentando sus virtudes para corresponder á la alabanza, sea humillándose y elevándose más y más hácia Dios con grandes y continuas acciones de gracias; porque saben que por sí mismos, por su naturaleza corrompida, sólo son capaces de concupiscencia y pecado, y exclaman con el Rey Profeta: *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam super misericordia tua et veritate tua.* Haced brillar vuestra gloria, no por nosotros, Señor, sino por vuestro nombre, vuestra misericordia y verdad. (CXIII. 1-2). Dicen con S. Ignacio de Loyola: Todo sea á mayor gloria de Dios: *Ad majorem Dei gloriam.* (In ejus vita).

No prohibo la gloria, dice S. Crisóstomo, pero quiero que no sea ambicion más que la verdadera, la que viene de Dios, y no de los hombres. No queramos ser alabados, si no es de Dios. Siendo tal nuestro modo de pensar, despreciaremos todo lo humano. Que el hombre os alabe ó deje de alabaros, nada perdeis. Aunque el hombre os vitupere, no puede heriros. La alabanza de Dios es la única preciosa, así como el vituperio que viene de Dios, es el único temible. (*Homil. II. in Epist. ad Tit.*).

## AFLICIONES. (Véase también CRUCES).

Excellencias y ventajas de las aflicciones.

**L**as más grande sufrir por Jesucristo que resucitar los muertos, dice S. Crisóstomo. Por medio de lo uno, contraemos una deuda hacia Dios; por medio de lo otro, Jesucristo se convierte en deudor nuestro. ¡O maravilla! Jesucristo nos hace un obsequio, y por este obsequio ha de quedar agradecido: *Pati pro Christo, magis est quam suscitare mortuos; hic enim debitor sum (Deo); illic autem debitorem habeo Christum. ¡O rem admirandam! et donat mihi, et super hoc, ipse debet mihi.* (Homil. IV. in Epist. ad Philipp.).

San Egidio, discípulo de S. Francisco, decía: Aunque el Señor hiciese caer piedras y rocas del cielo, ningún dano nos harían si supiésemos sufrir las aflicciones. (Ribaden., in ejus vita).

Mirad á José, dice S. Crisóstomo: de cautivo llegó bien pronto á ser el jefe de todo el Egipto; esta es la ventaja de las aflicciones sufridas valerosamente; su paciencia fué ingebrantable, las pruebas no le abatieron, y Dios, después de haberle experimentado, le halló digno, y le bendijo. (Homil. ad pop.).

Los afligidos son los fuertes de la tierra, dice S. Jonatan: *Afflicti terra fortes terre.* (Surius, in ejus vita).

Los padecimientos son alas con las cuales vuelo hacia el cielo, dice S. Cipriano: *Pennis sunt pennis quis supra astra vehor.* (Epist. ad martyres).

Jesucristo, dice S. Martin, sólo se manifiesta en la cruz á las personas piadosas. (Surius, in ejus vita).

Señor, dice S. Bernardo, más ventajoso es para mí tener aflicciones, en tanto que esteis conmigo, que reinar sin vos, vivir sin vos, y glorificarme sin vos. Muchísimo mejor es para mí abrazaros y poseeros en mis aflicciones, que estar sin vos en el mismo cielo. (Serm. XVII).

La virtud se perfecciona en la desgracia, dice S. Pablo á los Corintios. Me glorificaré pues en mis aflicciones, á fin de que la virtud de Jesucristo habite en mí: *Virtus in infirmitate perficitur: libenter igitur gloriabor in infirmitatibus meis, ut inhabitet in me virtus Christi.* (II. Cor. XII. 9). Por este motivo me complazco en mis debilidades, en los ultrajes, en las necesidades, en las persecuciones y angustias sufridas por Jesucristo: cuando soy desgraciado, entonces me encuentro fuerte: *Propter quod placeo mihi in infirmitatibus meis, in contumeliis, in necessitatibus, in persecutionibus, in angustiis pro Christo: cum enim infirmor, tunc potens sum.* (II. Cor. XII. 10).

Ya veis, dice san Bernardo, que las aflicciones de la carne aumentan las fuerzas del espíritu y le dan valor. La fuerza de la carne, al

contrario, debilita la del espíritu. ¿Qué hay pues de admirable en que los padecimientos del cuerpo fortifiquen el alma? Si debilitamos á un enemigo, seremos naturalmente más fuertes. ¿Cómo hemos de amar esta carne que no cesa de sublevarse contra el espíritu? Con sabiduría y mucha razón pide á Dios el Salmista verse envuelto entre aflicciones: *Confige timore tuo carnes meas.* (CXVIII. 120): Penetrad mi carne con vuestro temor. El temor de Dios es una flecha excelente. (Serm. XIX. in Cant.).

Nos hallamos abatidos con Jesucristo; pero con él viviremos por el poder del Señor que resplandecerá entre nosotros, dice el gran Apóstol: *Nam et nos infirmi sumus in illo (Christo); sed vivemus cum eo ex virtute Dei in vobis.* (II. Cor. XIII. 4).

El que se ve afligido por enfermedades, está cerca de Dios, dice S. Gregorio Nazianceno: *Anima morbo affecta, Deo propinqua est.* (Orat. ad cives Naziancenas).

Las aflicciones, dice S. Bernardo, calman los bríos de la voluptuosidad: hacen nacer las virtudes y las fortifican: sujetan la carne corrompida y disponen el alma á que se levante al cielo en alas de las virtudes. Las aflicciones y los sufrimientos hacen perder á la carne lo superfluo, y dan al alma las cualidades que le faltaban. Si pues las aflicciones, esos verdaderos dones del Señor aumentan nuestras virtudes, disminuyen y ahuyentan los vicios, nos inspiran desprecio á los bienes de la tierra y amor á las cosas celestiales, ellas nos aseguran la felicidad eterna. Con estas consideraciones debemos animarnos: cuanto más penosa sea la lucha, más brillante será nuestra victoria. Damos una prueba de que deseamos agradar á Dios y de que le amamos, cuando nos dirigimos á él, no sólo en la dicha, sino también en medio de las desgracias y persecuciones. No nos es lícito subir al cielo por distinto camino que por el de las cruces; por esto debemos sufrirlas y amarlas. (Serm. X. in cena Dom.).

Me he hallado en medio de la tribulación y de los dolores, y ha invocado entonces el nombre del Señor, dice el Real Profeta: *Tribulationem et dolorem invení, et nomen Domini invocavi.* (Psal. CXIV. 3-4). Señor, me habeis probado con aflicciones, y me habeis conocido: *Domine, probasti me, et cognovisti me.* (Psal. CXXXVIII. 4).

No nos aflijamos por los sufrimientos, porque destruyen los deseos de la carne, dice Sta. Inelécica. (Ribaden., in ejus vita).

Viviendo según el espíritu y no según la carne, la fuerza del alma nos hará victoriosos de las enfermedades del cuerpo, dice S. Cipriano. (Epist. ad Demetr.).

Dios es quien envía las aflicciones: él, que todo lo arregló con número, peso y medida, ha destinado desde la eternidad una cruz y padecimientos á los que le aman; ha decidido despojarnos de la naturaleza antigua y revestirnos de la nueva por medio de la paciencia, de la pureza, de la gracia y del amor en las tribulaciones; ha resuelto conducirnos al cielo por este camino. ¿Quién pues ha de huir de los padecimientos y mirarlos con horror, ya que nos están des-

tinados como una gracia por la infinita bondad de Dios? Las aflicciones nos hacen semejantes á Jesucristo en la cruz, á fin de hacerlos semejantes á Jesucristo en la gloria....

Si para adquirir la gloria humana, dice Tertuliano, arrostran algunos los peligros del combate, el fuego, la cruz, el furor de las fieras y todos los tormentos, ¿no debemos arrostrarlos todavía más por Dios? Todos los sufrimientos nada significan, comparados con la gloria celestial. (*Apolog.*).

Las aflicciones son un beneficio, una inmensa gracia de Dios. Las enfermedades, dice S. Basilio, son el azote que hiera á los pecadores; ellas les advierten que han de cambiar de vida, y los convierten. Un santo sacerdote indicó un día este remedio á uno de sus discípulos que estaba enfermo. No os alijais, hijo mio, por vuestra enfermedad, le decía; es propio de la piedad perfecta dar gracias á Dios por las aflicciones que envía. Si os parecéis al hierro, el fuego de los sufrimientos os quitará el moho que os marchita; si os parecéis al oro, os purificará. Sufrid pues esta prueba, y orad para que la voluntad de Dios se cumpla. (*Regul. LV.*)

El Señor castiga al que ama, hiera á todos los que recibe como hijos suyos, dice S. Pablo á los Hebreos: *Quem enim diligit Dominus, castigat, flagellat autem omnem filium quem recipit.* (XII. 6).

No lleguemos á figurarnos, dice S. Crisóstomo, que las aflicciones sean una prueba de que Dios nos ha abandonado y de que nos desprecia, pues son al contrario la señal más manifiesta de que Dios se ocupa de nosotros; porque nos purifica de nuestros pecados, y nos facilita los medios de merecer su gracia y su protección. (*Homil. XXXII in Gen.*)

Las aflicciones frecuentes, dice S. Bernardo, son una especie de martirio, una especie de efusión de sangre: *Est martyrii genus, est quadam effusio sanguinis in quotidiana corporis afflictione.* (In Psal.).

Las aflicciones son necesarias para mitigar la concupiscencia, para hacernos expiar los pecados, para desprendernos del mundo y de nosotros mismos, y llevarnos al afecto y á la obediencia de Dios!... Son inevitables. La vida actual, dice S. Agustín en sus meditaciones, cap. XXI, es una peregrinación fatigosa; es fugitiva, incierta, laboriosa; nos expone mil veces á toda clase de manillas; lleva en pos de sí todos los males; es reina de los orgullosos, llena de miserias y de errores. No debemos llamarla vida, sino muerte: *Quæ non est dicenda vita, sed mors.* El hombre en efecto muere á cada instante, y sólo sigue viviendo para sufrir la muerte de distinta manera. ¿Podemos llamar vida al tiempo que pasamos en este mundo? ¿Qué es una vida que los humores alteran, los dolores runden, los calores marchitan, un soplo envenena, los placeres disuelven, la pena consume, la inquietud abrevia, y cuyo sentimiento se embota con la seguridad? Los alimentos nos ponen gruesos, los

Las aflicciones son necesarias para hacernos expiar los pecados, para desprendernos del mundo y de nosotros mismos, y llevarnos al afecto y á la obediencia de Dios!...

ayunos nos extenuan, las riquezas nos conducen á la jactancia y á la ostentación, la pobreza nos humilla, la juventud nos enorgullece, la vejez nos encorva, la enfermedad nos acaba, y la tristeza nos agobia. A todos estos males sucede la implacable muerte, terminando de tal modo todas las alegrías de esta miserable vida, que cuando ésta ha acabado, fácilmente creeríamos que jamás ha existido. Esta muerte es verdaderamente la vida, y la vida una especie de muerte: *Mors ista vitalis et vita mortalis.*

La vida temporal, dice S. Gregorio, es trabajosa, está llena de aflicciones; pasa entre agitaciones y trabajos penosos. ¿Quién es el que no se halla martirizado por los dolores, atormentado de cuidados, y poseído de temores? Lloramos y reímos; la tristeza acompaña á la alegría; tenemos hambre y nos saciamos; pero, apenas saciados, el hambre nos asedia de nuevo. La sed agota nuestras fuerzas, el calor abate, el frío hiela. Suspiros, lágrimas, sollozos de todas partes; miserias universales, variadas al infinito y sin número. El rico tiene sus aflicciones, y á menudo muy grandes; el pobre no cesa de tenerlas; los pequeños están expuestos á su influencia, y los grandes no se hallan exentos de ellas. (*Moral.*)

El dolor nació con la vida, y envejeció con ella, dice Menandro: *Congenita sunt dolor et vita, illeque consensescit vite.* (Anton. in Mellis.).

Todos los niños, al nacer, dan un grito de tristeza, dice Salomon; sus ojos llenos de lágrimas anuncian que entran en una tierra de maldiciones y sufrimientos: *Primam vocem similem omnibus emisit plorans.* (Sap. VII. 3). El niño, sin saberlo, dice S. Agustín, presiente el dolor; su mirada, como una mirada profética, abraza las mil aflicciones de la vida que tendrá que sufrir y que deplora: *Infans presentit quasi inscius, et prophetat mille vitæ arumnas sibi subeundas, quas deplorat.* (Sentent.).

La vida del hombre, dice Job, es un servicio de guerra; sus días se parecen á los del obrero: *Militia est vita hominis super terram, et sicut dies mercenarii dies ejus.* (VII. 1). El hombre, añade, el hijo de la mujer, vive pocos días, y está lleno de miserias: *Homo natus de muliere, brevi vivens tempore, repletur multis miseris.* (XIV. 1). Si me acuerdo, exclamo suspirando: ¿cuándo me levantaré? ¿cuándo se acabará la noche? Y hasta que llegan las tinieblas me hallo agobiado de dolores: *Replebor doloribus usque ad tenebras.* (Id. VII. 4).

Es preciso que entreguemos nuestra vida con arreglo á la ley de Dios. Mas, dice S. Agustín, toda la vida del cristiano, si vive según el Evangelio, es una cruz y un martirio: *Tota vita christiani hominis, si secundum Evangelium vivatur, crux est, atque martyrium.* (Lib. Civit.).

Nuestro cuerpo se compone de cuatro elementos, y como los elementos son imperfectos, nuestro cuerpo saca de ellos cuatro enfermedades. Del agua le viene un principio de corrupción; de la tierra saca la opacidad y la pesantez; del fuego, la vida animal, calor

que le consume sin cesar y le impone la necesidad del alimento. Del aire le vienen los dolores y las enfermedades, porque el aire cambia á menudo, y transporta gérmenes pestíferos de un lugar á otro. Los trabajos y los sufrimientos de esta vida son muchas veces grandes y numerosísimos. La aflicción de que hemos sido acometidos, escribe el Apóstol á los Corintios, ha sido superior á nuestras fuerzas, y hasta ha llegado á cansarnos de la vida: *Supra modum gravati sumus supra virtutem.* (II. Cor. I. 8). Ha sido superior á nuestras fuerzas, esto es, superior á las fuerzas de la naturaleza y del cuerpo, pero no superior á las de la gracia y del espíritu. La vida llegó á sernos pesada, esto es, bajo el punto de vista de la naturaleza, pero no de la caridad y del socorro del cielo.....

Es menester armarse de valor para sufrir las aflicciones.

El alma fuerte no sucumbe en las adversidades, se mantiene firme, resiste, y triunfa. Así como la cal entra en efervescencia en el agua, y el fuego se enciende más y más con el aire, así también la fuerza y la energía de un alma aumenta en medio de las aflicciones y persecuciones. La virtud reverdece con las heridas que recibe. Y como decía Catón: Las serpientes, la sed, el calor, los combates del circo, todo es dulce para la virtud heroica: la paciencia se alegra de las pruebas más duras. (1).

Escuchad á S. Crisóstomo: Soldado de Jesucristo, sois débil, sin vigor y cobarde, si presumís poder vencer sin combate y triunfar sin defensa. Desplegad vuestras fuerzas, herid con valentía, aceptad con firmeza la encarnizada lucha. Pensad en vuestro juramento, vuestra condición, vuestra bandera; el juramento que hicisteis en el santo bautismo, la condición que aceptasteis, la bandera en la que inscribisteis vuestro nombre: *Delicatus es, miles, si putas te posse sine pugna vincere, sine certamine triumphare. Esere vires, fortiter dimica, atrociter in prelio isto certa. Considera pactum, conditionem attende, militiam nosce; pactum quo spondidisti; conditionem qua accessisti, militiam cui nomen dedisti.* (Serm. de Martyribus).

Es preciso no dejarse nunca abatir. Hemos de imitar á S. Pablo, que decía: Sufrimos toda clase de aflicciones, pero no nos amedrentan; nos hallamos en grandes dificultades, pero no sucumbimos en ellas; somos perseguidos, pero no estamos abandonados; nos vemos derribados, pero no perdidos: *In omnibus tribulationem patimur, sed non angustiamur; aporiamur, sed non destituimur; persecutionem patimur, sed non derelinquimur; deicimur, sed non perimur.* (II. Cor. IV. 8-9).

(1) Serpens, sitis, ardor, arena,  
Dulcia virtuti: gaudet potentia duria. Ita Laertius.

Las aflicciones, las persecuciones siguen al hombre piadoso, pero jamás le alcanzan. De ahí viene la palabra persecución, *persecutio*.

La cruz es tan dulce para el ama á Dios, que no es ya una cruz, sino un principio de vida y de verdadera alegría. Por esto Santa Catalina de Sena miraba como amargas las dulzuras de la tierra, y dulces las amarguras. En la cruz está la verdadera dulzura, el verdadero consuelo, la alegría verdadera. Abrazada, y lo veréis por experiencia. Por otra parte, desde la cruz se va al cielo!... Las mas abrumadoras aflicciones, dice S. Gregorio, pueden fácilmente sobrellevarse pensando en la pasión de Jesucristo: pues por grande que sea la tribulación en que nos hallemos, es poca cosa recordando qué duras fueron las palabras y qué penosísimos fueron también los golpes y los atroces suplicios que aceptó por nosotros; su cabeza fué desgarrada por la corona de espinas; sus ojos fueron cubiertos con un velo, é hirieron sus oídos con horribles blasfemias; apagaron su sed con hiel y vinagre: escupieron sobre su rostro augusto y le abofetearon. Sus espaldas crugieron bajo el peso de la cruz, tuvo el corazón inundado de tristeza y de amargura, el cuerpo lleno de llagas por los azotes, y los brazos y los pies extendidos y atravesados con enormes clavos. En fin, desde la planta del pie hasta la parte más alta de su divina cabeza, quedó todo su cuerpo lleno de heridas y dolores. (*Homil. in passion. J. C.*).

Las aflicciones son ligeros para el cristiano.

El pontífice que tenemos, dice el gran Apóstol á los hebreos, no puede menos de compadecerse de nuestras debilidades, puesto que estuvo sujeto á toda clase de males, sin hallarse manchado por el pecado: *Non enim habemus pontificem qui non possit compati infirmitatibus nostris; tentatum autem per omnia, pro similitudine absque peccato.* (IV. 15). Jesucristo sufre con los hombres que son sus miembros: con S. Lorenzo padeció el tormento del fuego; con S. Esteban fué apedreado; con S. Ignacio mártir sufrió la saña de animales feroces, etc. Toma también parte en los combates de sus fieles servidores. Escribiendo S. Pablo á Timoteo, le dice: Ya sabes las persecuciones y las aflicciones que he sufrido; lo que me ha sucedido en Antioquia, é Iconio y en Lystra, y cuán grandes han sido las tribulaciones que sobre mí han pesado; pero el Señor me ha librado de todos estos males: *Et ex omnibus eripuit me Dominus.* (II. III. 11).

Jesucristo ayuda á sufrir las aflicciones.

La vez primera que defendi mi causa, añade, nadie vino en mi ayuda, todos me abandonaron. Deseo que esto no pueda perjudicarles. Mas el Señor siempre me ha asistido; me ha fortificado, y me vi libre de las fauces del león: *In prima mea defensione nemo mihi affuit, sed omnes me dereliquerunt, non illis imputetur.— Dominus autem mihi assistit, et confortavit me; et liberatus sum de ore leonis.* (II. IV. 16-17).

En medio de mi oracion, el Dios de justicia me oyó; en mis angustias, me abrió el inmenso espacio, dice el Salmista: *Cum invocarem, exaudivit me Deus justitiam meam; in tribulatione dilatasti mihi.* (IV. 2). Dios nos oye algunas veces librándonos de las aflicciones; otras veces dándonos la virtud de la paciencia, lo que todavía es un beneficio mayor; y en alguna ocasion nos concede tambien, no sólo la paciencia, sino la alegría; dice el cardenal Bellarmino. (*Comment. in Psal.*)

Dios, dice el Real Profeta, está al lado de los que tienen el corazón afligido: *Juxta est Dominus iis qui tribulatio sunt corde.* (Psal. XXXIII. 19.) A cuántas y á qué grandes angustias me habeis expuesto, dice en otra parte; pero héos aquí de vuelta, y vuestra presencia me ha restituido á la vida y me ha sacado de las entrañas de la tierra. (1). Tú me has invocado en la tribulacion, dice el Señor, y te he libertado; te he oído en medio de la tempestad; te he puesto á prueba. (2). Clamaron hácia el Señor en su angustia, y el Señor les ha librado de sus miserias. (3).

Señor, dice Tobias, heris y curais á la vez: llevais á la tumba y librais de ella: *Domine, tu flagellas, et salvas; deducis ad inferos, et reducis.* (XIII. 2). El Señor nos ha castigado á causa de nuestras iniquidades, y nos salvará atendidas sus misericordias: *Ipsè castigavit nos propter iniquitates nostras; et ipse salvabit nos propter misericordiam suam.* (Id. XIII. 5).

Las aflicciones van acompañadas de consuelos.

A medida que los padecimientos de Jesucristo aumentan en nosotros, dice S. Pablo, nuestros consuelos aumentan tambien por Jesucristo: *Sicut abundant passiones Christi in nobis, ita et per Christum abundat consolatio nostra.* (II. Cor. I. 5). Cuanto más aumentan las aflicciones sufridas por Dios, más grandes son, al contrario, hiel sin miel; y cuanto más se multiplican, más tambien aumentan su desolacion, sus enojos y sus pesares. De ahí se deduce que lejos de huir de las cruces es preciso desearlas, puesto que tan fecundas son en delicias. Admirable testigo de esto es S. Pablo cuando exclama: Mi alegría sobrenada en medio de todas nuestras tribulaciones. (4). Lejos pues de entristecernos en los trabajos y en las pruebas, debemos sentir alegría y glorificarnos. Nos glorificamos, dice aquel gran Apóstol, no sólo en la esperanza, sino tambien en las aflicciones. (5).

(1) *Quantas ostendisti mihi tribulationes multas et malas; et conversus vivificasti me, et de abyssis terrarum iterum reduxisti me.* LXX. 20.

(2) *In tribulatione invocasti me, et liberavi me; exaudivi te in abscondito tempestatis, probavi te.* Psal. LXXX. 8.

(3) *Clamaverunt ad Dominum cum tribularentur, et de necessitatibus eorum liberavit eos.* Psal. cxi. 43.

(4) *Superabundo gaudio in omni tribulatione nostra.* II. Cor. vii. 4.

(5) *Non solum autem gloriamur in sps, sed et gloriamur in tribulationibus.* Rom. v. 2. 3.

San Bernardo dice, hablando de S. Andrés apóstol: Iba al suplicio de la cruz con paciencia, mas aún, voluntariamente y hasta con ardor, como en la fiesta más solemne, como en el más exquisito festin: *Non modo patienter, sed et libenter, verum et ardentè ad tormenta sicut ad ornamenta, ad pœnas sicut ad delicias properabat.* (De tripl. gener. bon.).

Habiendo sido azotados cruelmente los Apóstoles por orden del consejo, volvian llenos de alegría, porque habian sido juzgados dignos de sufrir esta afrenta por el nombre de Jesucristo: *Ibant gaudentes à conspectu consilii, quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati.* (Act. V. 41).

Nos glorificamos con la esperanza de la gloria de los hijos de Dios, dice S. Pablo á los romanos, y no sólo con esta esperanza, sino en nuestras aflicciones, sabiendo que la afliccion produce la paciencia, la paciencia la prueba, y la prueba la esperanza; y esta esperanza no es vana. (V. 2-5).

Que no se queje el hombre, dice S. Agustín, cuando sufre alguna desgracia: con la amargura de las cosas de la tierra, aprende á amar las cosas del cielo; viajero, emprende el camino de su patria. (*Serm. XVIII.*)

Cuando os habeis afligidos, dice S. Pedro Damian, cuando sufráis, estad llenos de confianza; no murmureis, no os entristezcáis, no os impacientéis; tened ántes bien la serenidad siempre en el rostro, la alegría en el corazón, la accion de gracias en los labios. (*Epist. VII.*)

Las aflicciones son una prueba de predestinacion y de amor de parte de Dios: cuando castiga, quiere salvar al pecador; y al contrario, la impunidad es señal de cólera y de reprobacion divina.

Llevemos siempre la muerte de Jesús en nuestro cuerpo, dice el Apóstol á los Corintios, á fin de que la vida de Jesús se manifieste tambien en nuestros cuerpos: *Semper mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes, ut et vita Jesu manifestetur in corporibus nostris.* (II. Cor. IV. 10).

Podemos esperar con seguridad la bienaventuranza prometida, dice S. Leon, si tomamos parte en la pasion del Señor; y como en todos tiempos debe el cristiano vivir piadosamente, debe tambien llevar siempre la cruz: *Certa atque secura est expectatio promissæ beatitudinis, ubi est participatio Dominicæ passionis; sicut ergo totius est temporis pie vivere, ita totius est temporis crucem ferre.* (*Serm. IX de Quadrag., c. 4.*)

Escuchad á S. Agustín: Ahora, dice, la vida y los placeres temporales son dulces, y las tribulaciones son por el contrario amargas; pero ¿quién dejará de beber el cáliz de las aflicciones, por temor al fuego del infierno? ¿Quién no despreciará las dulzuras

Hemos de sufrir las aflicciones con paciencia, confianza y resignacion.

Hemos de sufrir las aflicciones con perseverancia.

Nada son todas las aflicciones comparadas con el infierno.

del siglo, si suspira por los bienes de la vida eterna? *In præsenti vita, et delicia temporales dulces sunt, et tribulationes temporales amarae sunt; sed quis non bibat tribulationis poculum, metuens ignem gehennarum? Et quis non contemnat dulcedinem saeculi, inhians bonis vite aeternae?* (In Sententiis, n. 226).

¿Que son todas las cruces, todos los sufrimientos, todos los dolores, todos los tormentos, el fuego, el hierro, la muerte más violenta, comparados con los fuegos del infierno? Si la tentación os persigue, si os desprecian, si sufris, si os veis enfermo, triste, atacado en vuestra reputación, insultado, maltratado, condenado, crucificado, abrasado, pensad que todo esto es pasajero, todo de corta duración, y que el infierno es eterno....

Desdichados de nosotros pecadores, dice S. Crisóstomo; no huyamos de las aflicciones, sino del pecado; porque la única y terrible aflicción es la de defender á Dios: *Ne fugamus male affligi, sed male agere; hoc enim est vere male affligi.* (Homil. ad pop.).

Nos creamos  
muchas aflic-  
ciones.

Si los hombres repudian mi ley, dice el Señor por boca del Salmista, si no proceden según mis juicios, si profanan mi justicia y son transgresores de mis mandamientos, visitaré sus iniquidades con una vara en la mano, y heriré sus pecados: *Si dereliquerint filii legem meam, et in iudiciis meis non ambulaverint; si justitias meas profanaverint, et mandata mea non custodierint, visitabo in virga iniquitates eorum, et in verberibus peccata eorum.* (LXXXVIII. 31-33). La violación de la ley de Dios ha sido siempre la causa de todas las aflicciones, la causa primordial sobre todo; pues esta violación es voluntaria. ¿Por qué pues, miserables pecadores, nos hemos de quejar de las penas que sufrimos, puesto que el pecado, al que libremente hemos consentido, es su verdadera causa? Dejemos de ofender á Dios, y Dios dejará de castigarnos, disminuirán nuestras aflicciones, y la gracia nos las hará sufrir con resignación y hasta con alegría. Estaban sentados en las tinieblas y en la sombra de la muerte, encorvados por el peso de las cadenas y hambrientos, porque, dice el Real Profeta, han despreciado la palabra de Dios, porque no hicieron caso del consejo del Altísimo. Y su corazón quedó humillado por los trabajos, se han debilitado, y nadie les ha sostenido. (CvI. 10-12).

¿Cabe mayor sufrimiento que el de tener la conciencia atormentada y desgarrada por los remordimientos? ¿Cabe mayor aflicción que la de ser enemigo de Dios, esclavo de Satanás y digno del infierno? ¿Cabe mayor pena que la que causa el pecado mortal dando la muerte al alma? Estas son las más terribles aflicciones. Pero estas aflicciones las queremos, y las buscamos, desde el momento que queremos y buscamos el pecado, que es su verdadera causa.... Relativamente á las mismas cosas temporales, ¿cuántas aflicciones no nos buscamos también nosotros?... Entrais sin vocación, ciegamente, en el estado matrimonial; la mujer que habeis

tomado por esposa, es mala, etc.; ¿á quién podreis quejaros?.... Gastais vuestra fortuna en jugar, en banquetes, en ir tras los placeres; pronto, como el hijo pródigo, os hallais reducidos á la posición más horrible; ¿quién tiene la culpa?... A pesar de los saludables avisos de sus padres, de su pastor y de su confesor, una joven se expone al peligro, se pierde y se deshonra; ¿quién le ha procurado esta aflicción cruel y humillante?... A pesar de las advertencias caritativas y reiteradas, un joven libertino destruye su salud, etc.; ¿á quién ha de culpar?... La mayor parte de los sufrimientos que nos agobian, y de los que nos quejamos amarga y constantemente, son obra nuestra; nos atormentamos á nosotros mismos; no culpemos á nadie.

Puesto que nos hallamos rodeados de una niebla tan densa de testigos, dice S. Pablo á los hebreos, desprendámonos de todo lo que nos abruma, y de los lazos del pecado, y corramos, por la paciencia, en la carrera que nos está abierta: *Ideoque et nos tantam habentes impositam nubem testium, per patientiam curramus ad propositum nobis certamen.* (XII. 1).

Señor, decía S. Agustín, aquí en la tierra cortad, quemad; pero compadeceos de mí en la eternidad: *Hic ure, hic seca, modo in aeternum parceas.* (Soliloq.).

Sufrir ó morir, decía Santa Teresa. (*Historia de su vida.*)

Didimo, que estuvo ciego durante ochenta años, decía: Más vale ver con los ojos del espíritu que con los del cuerpo; los primeros no tienen que temer la paja del pecado, en tanto que los segundos con una sola mirada pueden enviarnos á los fuegos del infierno. Se creía feliz con su tenaz ceguera. (*Vit. Patrum.*)

El B. Padro, abad de Clairvaux, habiendo perdido un ojo á consecuencia de una cruel enfermedad, decía: Me he escapado de uno de mis enemigos, y temo más al que me queda que al que he perdido. (Ribaden., *in ejus vita*). Enfermó en su vejez S. Lorenzo Justiniano, y su médico se vió obligado á cortarle carnes; pero se detuvo pronto, no atreviéndose á hacer penetrar la hoja de su cortante; pero entonces aquel gran Santo le dijo: Tened valor; nuestro acero no puede igualarse á las agudas uñas ni á los ardientes garfios que han sufrido los Mártires. (Surius, *in ejus vita.*)

Caminando al suplicio, Santa Cecilia decía: Morir mártir, no es perder la juventud, sino cambiarla por una juventud eterna; es dar barro, y recibir oro; es dar una mansion pobre, vil y estrecha, y recibir el más grande, el más espléndido de los palacios; es dar una cosa perecedera, y recibir otra que no conoce término. (Surius, *in ejus vita.*)

Mirad el ejemplo de los niños en el horno de Babilonia, de Daniel en la fosa de los leones; ved á los Apóstoles á los Mártires y á todos los Santos....

El ejemplo de  
los Santos nos  
ayuda á sufrir  
las aflicciones.

Nada son las aflicciones comparadas con la recompensa y la gloria eterna que nos aguarda.

Los padecimientos de esta vida, dice S. Pablo á los romanos, ninguna proporcion tienen con la gloria que debe un día brillar en nosotros: *Non sunt condigne passionis hujus temporis ad futuram gloriam, que revelabitur in nobis.* (VIII. 18). No consideramos las cosas visibles, dice á los corintios, sino las invisibles; porque las cosas visibles son transitorias, pero las invisibles son eternas. (II. IV. 16).

Seguid pues murmurando, dice S. Bernardo, seguid diciendo: Es demasiado largo, demasiado pesado, no puedo sufrir aflicciones tan penosas y de tanta duracion: S. Pablo llama á las aflicciones pruebas de un momento; y ciertamente que no habeis recibido los golpes que los judios descargaron sobre este gran Apóstol; no habeis trabajado más que los demás hombres, ni habeis resistido hasta derramar vuestra sangre. Considerad que las aflicciones son infinitamente inferiores á la gloria que Dios les reserva. Y á la verdad, ¿por qué haceis caso de horas y dias inciertos? La hora pasa, y las penas tambien: *Transit hora, transit et pena.* No se encadenan, pero desaparecen sucediéndose. No acontece lo mismo con la gloria, no acontece lo mismo con la recompensa concedida á los trabajos y á los sufrimientos. Esta recompensa no reconoce cambio ni término; existe entera á cada instante, y dura toda la eternidad. Además, bebiendo una gota tras otra, es como apuramos la copa de las penas, *guttatim pena bibitur*, ni la tenemos tampoco siempre en nuestros labios, sino que por el contrario pasa. Y la recompensa es un torrente de placer; es tan impetuosa como un gran rio, es un torrente de alegría que inunda; es un rio de gloria, un rio de paz. (*Serm. 1*).

Los sufrimientos pronto desaparecen: la recompensa jamás se acaba.... La gloria que espero, dice S. Francisco de Asís, es tan grande, que todas las enfermedades, todas las mortificaciones, todas las humillaciones, todas las penas me llenan de alegría. (S. Bonav., *in ejus vita*).

Las aflicciones son una gota de hiel: la recompensa reservada á los que las sufren cristianamente, es un océano de miel; son delicias, una gloria, felicidad eterna....

Animo pues, servidor bueno y fiel; sé constante en sufrir estos pequeños sinsabores, y la recompensa será grande, dice Jesucristo; participa de la alegría de tu Señor: *Euge, serve bone et fidelis; quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam; intra in gaudium Domini tui.* (Math. XXV. 21).

## AMBICION. (Véase tambien AVARICIA.)

La ambicion, dice S. Bernardo, es un mal sutil, un veneno secreto, una enfermedad oculta; es un artesano fraudulento, la madre de la hipocresía, el principio de las llagas profundas, el origen de los vicios, la que amamanta los crímenes, el moho de las virtudes, la polla de la santidad, la ceguera de los corazones; convierte los remedios en ponzoña capaz de producir enfermedades y sostener su incremento. (1).

La ambicion ciega al hombre, y le roba la razon... La ambicion es el manantial de las disputas, de los odios, de las guerras y de las injusticias.... Es la madre de la pobreza y de la indigencia.

La ambicion es la llaga de todos los siglos; es un cáncer que todo lo devora.... Jamás tiene bastante; cuanto más tiene, más quiere tener.... Buscando dilatarse, codicia lo que no le pertenece....

Lo que no basta jamás, constituye una fortuna, dice, Séneca; mas nada le basta á la ambicion: *Namquam multum est quod satis non est.* (In Prov.).

Alejandro, llamado el Grande, era pobre; buscaba constantemente, recorria tierras y mares desconocidos: llegó á encontrarse estrecho en el universo, y despues de haberlo conquistado, lloró. ¿Por qué lloraba Alejandro? ¡Ah! Porque no le quedaba ya ningun reino que conquistar. ¡Oh locura! Y pronto le bastaron seis palmos de tierra...

Lo que basta á la naturaleza, no basta á la ambicion.... ¡O ceguedad!....

La ambicion, dice S. Bernardo, es la cruz de los que le dan albergue. ¿Cómo sucede pues que, siendo un suplicio, guste? No hay cansancio mayor, ni suplicio más cruel, y sin embargo, nada es más célebre que sus hazanas á los ojos de los desgraciados mortales: *Ambitio ambientium erux; ¿quomodo, omnes torquet, omnibus placeat? Nihil acerbius cruciat, nihil molestius inquietat, nihil tamen apud miseros mortales celebrius negotii ejus.* (Lib. III. de Consid.).

La ambicion, prosigue S. Bernardo, es la montaña sobre la que se ha fijado el ángel, el ángel convertido en demonio: *Iste est mons in quem ascendit angelus, et diabolus factus.* (Lib. III. de Considerat.).

Los ambiciosos se alimentan de aire. Porque, ¿qué son los honores, sino un soplo popular, una tempestad de poca duracion que

La ambicion es un veneno desgracias que causa.

La ambicion jamás se ve satisfecha.

El ambicioso es desgraciado.

(1) Ambitio subtile malum, secretum virus, pestis occulta, doli opifex, mater hypocrisis, livoris parens, vitiorum origo, criminum foras, virtutum arripo, limea sanctitatis, execratrix cordium, ex remediis morbos creans, generans ex medicina linguarum. *Sera. vi.*

todo lo destruye? La ambicion es capaz de pretender encerrar el viento en unas redes, sacar agua en una criba, edificar sobre arena, sembrar en las rocas, cortar las llamas con una segur, labrar las olas, hacer blanco al Etiopie, fabricar telerañas, cantar delante de un sordo, contar las olas del océano, y enseñar la natacion al hierro.....

San Próspero, dice de un modo admirable: El que quiere poseer á Dios, debe renunciar al mundo, á fin de que Dios sea su único tesoro; el que se halla seducido por la ambicion de poseer los bienes de la tierra, no ha renunciado á las cosas mundanas; en tanto que no se desprende de lo que le pertenece, es el esclavo del mundo, cuyos bienes conserva. No puede servir á Dios y á la ambicion á un mismo tiempo. (*In Sentent.*).

Debemos huir de la ambicion.

## AMOR Á DIOS.

**H**AY dos amores: el amor de concupiscencia, ó el amor imperfecto, y el amor de pura caridad, ó el amor perfecto. Por medio del amor de concupiscencia ó imperfecto, nos dedicamos á agradar á Dios para que nos dé por recompensa la gloria eterna. Este amor es bueno; pero es más bien un acto de esperanza que de caridad. El amor perfecto, por el cual nos esforzamos á agradar á Dios y queremos someternos á su voluntad, consiste en amarle únicamente por ser él quien es, y no por la recompensa que á los buenos promete. Este amor es propiamente la caridad perfecta.

Hay dos amores.

Amad al Señor vuestro Dios con todo vuestro corazon, con toda vuestra alma, y con todas vuestras fuerzas: *Dilige Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex tota anima tua, et ex tota fortitudine tua.* (Deuter. VI. 5). Permanezcan estas palabras en vuestro corazon, repetidas á vuestros hijos, mediadlas sentados en vuestra casa y viajando, ántes de dormir y al despertar. Fijadlas como una señal en vuestra mano, colgadlas delante de vuestra vista, escribidlas en el dintel de vuestras casas y sobre las puertas (1).

Necesidad de amar á Dios.

Jesucristo recuerda la obligacion impuesta por el mismo precepto: Amad, dice, al Señor vuestro Dios con todo vuestro corazon, con toda vuestra alma y con todo vuestro espíritu. Este es el mayor y el primero de los mandamientos: *Dilige Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tota mente tua.* (Math. XXII. 37). *Hoc est maximum et primum mandatum.* (Ibid. 38).

Amad con todas vuestras fuerzas á aquel que os ha creado, dice el Eclesiástico (2); y en otro lugar: Amad á Dios toda vuestra vida, é invocadle para que os salve: *Omni vita tua dilige Deum et invoca illum in salute tua.* (XIII. 18).

El motivo que debe llevarnos á amar á Dios, es que Dios es el alma y la vida de nuestra alma; pero es justo que el alma tribute á Dios lo que el cuerpo tributa al alma, y que todo lo hagamos por amor á Dios: así como el cuerpo teme sobre todo ser separado del alma, nuestro principal temor ha de ser vernos separados de Dios. Así el apóstol S. Judas nos impone la obligacion de mantenernos en el amor á Dios: *Vos metipsos in dilectione Dei servate.* (XXI).

(1) Eruntque verba hæc in corde tuo. Deuter. vi. 6. Et narrabis ea filiis tuis, et meditaberis eis sedens in domo tua, et ambulans in itinere, dormiens atque consurgens. Ibid. vi. 7. Et ligabis ea quasi signum in manu tua, eruntque et movebuntur inter oculos tuos. Ibid. vi. 8. Scribesque ea in limine, et ostiis domus tue. Ibid. vi. 9.

(2) In omni virtute tua dilige eum qui te fecit. vii. 32.